

n. Algeciras (id) 182.
-cosumel 19 (m).

12-72-074



ANT
XIX
1271/11

JUICIOS DE DIOS,

Ó SEGUNDA PARTE

DEL PUÑAL DEL CODO.

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. RAMON DE VALLADARES

Y SAAVEDRA.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Agosto de 1849.

PERSONAGES.

D. RODRIGO, *último rey de los godos.*

ABDALAZIZ, *tercer rey moro de Córdoba.*

EGILONA, *muger de don Rodrigo.*

TEUDIA, *noble godo.*

VEREMUNDO, *godo, bajo el nombre de ALIATAR.*

La accion pasa en el palacio que era de los reyes moros de Córdoba.

Este Drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto único.



El teatro representa la cámara de la reina Egilona en Córdoba, en el palacio del rey moro Abdalaziz: puerta en el fondo, y otras dos laterales: junto á la que está á la izquierda del actor, otra, cuya ensambadura deberá estar perfectamente disimulada. La habitación estará adornada al uso cristiano de aquella época; si bien la arquitectura del edificio deberá ser gótica.

ESCENA PRIMERA.

EGILONA sentada. ALIATAR de pie á su lado.

Egilona. Ah! nunca! cesa, Aliatar
en tu súplica molesta,
que harto trabajo me cuesta
con el corazón luchar;
harto sufrí desde el día
que á Rodrigo abandoné,
y sobre mi frente eché
la mancha de la falsía.

Aliatar. Y os negais á un mensajero
que os puede, acaso, aliviar?

Egilona. Jamas podré yo mirar
ese mundo lisonjero.
En la mente eterno dura
aquel recuerdo feroz,
y de continuo una voz
me está gritando: «Perjura!»

:

Pues sin piedad me acomete
aquel instante enemigo
en que á buscar fué Rodrigo
su asilo en el Guadalete.

Le contemplo sin corona
vagando por la ribera,
con voz triste y lastimera
evocando á su Egilona.

Muerta ¡infeliz! me creeria
antes que traidora, infiel...

Oh! qué recuerdo cruel!!

Aliatar.

Hoy hace años el dia!

Aun me figuro el combate,
y que, blandiendo el acero,
á mi caballo ligero

le sepulto el acicate;

aun con la lanza enristrada
pienso vengar el desdoro,
y en un moro y otro moro
hundo la punta acerada.

Mas era en vano! El traidor
fué, como traidor, astuto,
y al darnos, señora, luto,
nos quiso dar deshonor.

Pero no... por su deshonor
halló en nosotros crisoles,
que siempre los españoles
han mirado por su honra.

Al pensar que allí fui fiel
con tanto noble infanzon,
y que ahora el corazon
cubre el maldito alquicel;

al pensar que vil desmayo
aquí me vino á humillar,
y que no corro á engrosar
las huestes de don Pelayo,
dudo que sangre cristiana
corra en mis venas de hielo,
que no es noble ¡voto al cielo!
quien sufre una accion villana.

Egilona.

Pero olvidas que tu suelo
á mis instancias dejastes,

- y en mi pecho derramastes
con tal accion gran consuelo?
- Aliatar.* Y acaso lo sabe el mundo?
Mas templa la pena mia
pensar que podré algun dia
saciar mi rencor profundo;
y si un traidor al cristiano
entregó por odio ciego,
haga yo trocar el juego
entregando al mahometano.
- Egilona.* Si amas tu vida, por suerte,
oculta ese pensamiento,
que puede en solo un momento
acarrear la muerte.
- Aliatar.* Aunque vos fuisteis al rey
perjura, no es maravilla,
porque, al fin, con la mancilla
habeis vuelto á vuestra ley.
(Momento de pausa.)
Os negais al mensajero
que trae nuevas de Rodrigo?
- Egilona.* Será Abdalaziz testigo
de lo que diga el guerrero?
- Aliatar.* Y en una misma balanza
vuestro esposo y ese infiel,
cuál pesa mas?
- Egilona.* Oh! cruel
estás!
- Aliatar.* Matais la esperanza
de ese guerrero cristiano,
que, noble, constante y fuerte,
desafiando á la muerte
descubrir quiere un arcano!...
- Egilona.* Y si Abdalaziz supiera
que en tal accion consentia?...
- Aliatar.* Abdalaziz moriria
como sus labios abriera!
- Egilona.* Nunca podré yo sufrir
que me refieran su muerte.
- Aliatar.* Pues bien sufristeis su suerte
ayudándole á morir.
- Egilona.* Aliatar, temblad por vos!

- Aliatar.* Admitis al que os reclama?
Una voz dentro. Egilona!
Egilona. Quién me llama?
Aliatar. Vuestro Abdalaziz. (*Con sarcasmo.*)
Egilona. A Dios!
Aliatar. Y el mensagero? (*Deteniéndola.*)
Egilona. Este dia
no...
Aliatar. Mas puede esperar
à mañana?...
Egilona. No, Aliatar! (*Vase.*)
Aliatar. Señora, bien lo temia.

ESCENA II.

ALIATAR. *Despues* TEUDIA.

- Aliatar.* Haces en estremecerte
lo que debieras hacer,
porque, Egilona, à mi ver,
caminas hácia la muerte.
Teudia. Admite verme?...
Aliatar. Tenaz
está cual nunca la vi.
Teudia. Pero hay esperanza?
Aliatar. Si...
de hacerla dormir en paz.
Teudia. Cómo?!
Aliatar. Callad! Don Rodrigo
ha llegado al pueblo ya?
Teudia. No; mas presto llegará.
Aliatar. Pues de la noche al abrigo
llegar hasta aqui debia...
Teudia. Temo que entre mahometanos...
Aliatar. Jamas temen los cristianos!
Mas si un encubierto espía...
Teudia. Y vos, no podeis servir
para este caso?
Aliatar. Pardiez!
nada recelo!
Teudia. Esta vez...
Aliatar. Decidle puede venir. (*Resuelto.*)

- Teudia.* Ya sus intentos sabeis?
- Aliatar.* Estrechad, Teudia, esa mano.
(*Se dan las manos.*)
- Teudia.* Que sois valiente cristiano,
Veremundo, no olvidéis.
Tened presente aquel día
en que, por negra dobléz,
venció nuestra altanería
la chusma morisca, impía,
en los campos de Jerez.
No olvidéis que no quedó
en una silla un ginete;
que el reino godo espiró
y nuestra sangre aumentó
el hundoso Guadalete.
- Aliatar.* Descansad tranquilamente,
que hace tiempo, Veremundo,
à tan despreciable gente
conserva en el pecho hirviente
rencor inmenso... profundo!
Os juro por mi cabeza
que antes que el rayo del sol
oculte su gentileza,
vengado habré la nobleza
y el suelo hermoso español.
- Teudia.* Si este proyecto se yerra
porque olvide la memoria
lo que el corazón encierra...
- Aliatar.* Que no halle asilo en la tierra,
ni Dios me admita en su gloria!
(*Mirando adentro.*)
- Teudia.* Egilona!
- Teudia.* Sin tardanza
voy en busca de Rodrigo.
- Aliatar.* Decidle nuestra esperanza.
- Teudia.* Y ved que de una venganza
el sol ha de ser testigo.

ESCENA III.

EGILONA.

Vé, Egilona, sin tardanza

por tu rica pedrería ,
 y preséntate este día
 con suntuosa esplendidez ,
 que hoy del valiente otomano
 solo ocupa la memoria
 aquella sangrienta historia
 del Guadalete y Jerez.
 Hoy recuerda enardecido
 que, entre clarines sonoros ,
 sus robustos sicomoros
 aquí en la España plantó ;
 y gracias dando al Profeta ,
 entre zambras y alegría ,
 la fértil Andalucía
 por vez primera pisó.
 Cielo hermoso , cielo puro ,
 do las auras entre galas
 agitan sus leves alas
 de la noche en el crespon ;
 donde se ostenta sublime
 cuanto bello se ha creado ;
 donde late enamorado
 el ardiente corazón.
 Vé , que si también sufristes
 parte del sangriento hecho ,
 al fin unistes tu lecho
 con mi lecho de carmin ;
 que ya , esclava entre los míos ,
 en vano es el lloro tuyo...
 Ven , que te halague mi arrullo ;
 te daré galas sin fin.
 Esto , Abdalaziz , dijistes ,
 y no escuchastes mi lloro?...
 De qué me sirve tu oro
 faltando mi libertad?...
 Qué placeres dar podrias
 y regocijos al alma ,
 cuando , perdida la calma ,
 perdí la tranquilidad ?
 Y yo á mis cárdenos labios
 he de asomar la sonrisa ,
 y mi cabello á la brisa

para que juegue he de dar?...
 Ah! imposible, Abdalaziz!
 Si el placer el alma busca,
 un mar de sangre me ofusca
 que no puedo separar.
 No por amor, por librarme
 de horrorosos padeceres,
 olvidando mis deberes
 me torné á mi religion.
 Pues bien! cumpli tus deseos
 é hice grato tu existir?...
 Oh! no vengas á exigir
 lo que niega el corazon.

ESCENA IV.

EGILONA. ABDALAZIZ.

- Abdalaziz.* Os esperaba impaciente,
 y advirtiéndolo la tardanza,
 vine á veros diligente,
 porque no alcanza mi mente
 por qué matais mi esperanza.
- Egilon.* Perdonad; pero pensaba
 cómo mas bella estaria,
 y entre mis joyas buscaba
 aquella que os agradaba
 en mas venturoso dia.
- Abdalaziz.* Si en vuestro rostro no viera
 señales vivas de llanto,
 esas protestas creyera.
 (Por Alá que está hechicera
 y no la quisiera tanto!)
- Egilon.* Bien conozco, á mi pesar,
 que el tiempo de vuestro amor
 vino otro tiempo á llevar,
 y llegasteis á olvidar
 que os sacrificué mi honor.
 Vos dijisteis: «de su estado
 la saqué, y esto es bastante;
 si frenética me ha amado,
 tambien he sido su amante,

y ambos nos hemos pagado.»
 Y en otros mas bellos brazos
 que en los brazos de Egilona
 habréis formado otros lazos ;...
 pero la edad os abona
 para hacer mi alma pedazos.
 Mis votos , mi condicion...
 por vos me olvidé de todo
 creyendo vuestra pasion ,
 y ayudé con mi traicion
 á romper el cetro godo.
 Pero haber tanto sufrido ,
 despues de manchar mi nombre
 esfuerzo grande no ha sido...

Abdalaziz. Las mugeres han nacido
 para juguete del hombre !
 Cese , Egilona , ese lloro
 que aja vuestra tez de cielo ,
 mas reluciente que el oro ,
 y sabed que yo os adoro
 como se adora un consuelo.
 Vuestra voz templar alcanza
 este pecho embravecido ,
 pues que sois á mi esperanza
 mas bella que la bonanza
 al navegante perdido.
 Al quitaros las cadenas
 cedí á un impulso vehemente ,
 porque al veros entre penas
 sentí correr por mis venas
 impetuoso torrente !
 Si mostré duro el semblante
 fué por veros enojosa
 cuando os pidió vuestro amante ,
 que en fiesta tan importante
 mostráseis la faz gustosa.

Egilona. Abdalaziz , ignorais
 que agudo acero clavais
 en mi pecho de ese modo ?

Abdalaziz. Pero qué razon me dais ?

Egilona. Hoy sucumbió el cetro godo !

Abdalaziz. Y bien ! Qué os puede importar

la muerte de la canalla
que nos quiere domeñar?
En buena y justa batalla
les vinimos á ganar!
Vuestro padre moro fué,
y vos dejásteis su fé
por llevar una corona?...
Pues yo á la patria os torné
poniéndooos otra, Egilona.
Con caricias, con amor
os arranqué de entre mil,
dándoos imperio mayor,
que sois la mas bella flor
de nuestro bello pensil.
Del mundo por el Oriente
salisteis para radiar
sola, adorada, vehemente,
y en vano el sol de esa frente
quiso la niebla empañar.
En vano de otra nacion
intentaron nuestra afrenta
con sarcástica intencion,
que al zumbar el aquilon
gimiendo huyó la tormenta.
Ellos dijeron: «perece
por nuestro intento cruel;»
y vuestro brillo padece,
como una planta que crece
en mefítico vergel.
Vos nacisteis para ser
gala del suelo de Oriente,
para su aroma beber,
y allí gozar del placer
de que goza nuestra gente.
El aire que respirado
habeis, entre esos traidores,
es sofocante, abrasado...
es un aire emponzoñado
que deja mústias las flores.
Venid, venid... un momento
templad esta angustia loca
que absorve mi pensamiento...

que yo respire el aliento
que respira vuestra boca!

(Aparece por el fondo el rey don Rodrigo, y observa.)

Egilona. Abdalaziz, donde quier *(Arrebatada.)*

que vaya vuestra persona,
os seguiré con placer,
porque olvida que es muger,
en oyéndoos, Egilona.

Vuestra voz dulce me incita
á lanzar este enemigo
que á horribles planes me escita,
y es una sombra maldita
la sombra de don Rodrigo.

Vencido mi enojo está
aun mas que nunca esta vez...
nada me horroriza ya!

Abdalaziz. Y el combate de Jerez? *(Con intencion.)*

Egilona. Oh! tambien placer me da!

Si se tornase aquel dia,
y á ese rey que me queria
viera que su accion comete,
yo misma en el Guadalete
para siempre le hundiría!

Abdalaziz. Dichoso instante!

Egilona. Idos ya;

voy á ponerme galana.

Abdalaziz. Y espero que no será
vuestra tardanza tirana?

Egilona. Os lo juro.

Abdalaziz. Bien está!

Mi consuelo, asi os queria...
que me sigais al momento.

Egilona. El no veros este dia,

Abdalaziz, me sería
un horroroso tormento.

(Se retira Abdalaziz por la izquierda, y al ir Egilona á coger una caja de joyas, y entrar por la puerta del centro, se interpone entre ella don Rodrigo, alzada la celada. — Momento de terror. — Este cuadro silencioso de unos instantes, pende de los actores. — Don Rodrigo manifiesta una amarga y sarcástica sonrisa, y Egilona el temor y el espanto.)

ESCENA V.

EGILONA. DON RODRIGO.

- Egilona.* Espantosa pesadilla!
Abdalaziz! Aliatar! (*Con voz ahogada.*)
- Rodrigo.* Espantosa maravilla!
Estar luchando en la orilla
y no poderse salvar!!
- Egilona.* Por piedad!... por compasion!
- Rodrigo.* Piedad! compasion á mi?
- Egilona.* Oh! qué vista! qué espresion!
Traspasadme el corazon
y no me mireis asi.
- Rodrigo.* (*Con reconcentrada ira y sarcasmo.*)
«Si se tornase aquel dia
»y á ese rey que me queria
»viera que su accion comete,
»yo misma en el Guadalete
»para siempre le hundiría!»
- Egilona.* Entrañas viles de hiena!
Verter la copa en mi seno
cuando el hado me condena
á tener el alma llena
de amarguísimo veneno!
En mi sangre una vez, mil,
goza, corazon de roble!
- Rodrigo.* Desecha el miedo servil,
porque la sangre del vil
mancha las manos del noble.
- Egilona.* Pues entonces, hombre impío,
quieres mi amor? Necedad!
Este corazon no es mio.
- Rodrigo.* Yo vuestro amor? Desvario!
Miradme bien y... temblad!
Yo mi sayo penitente
no dejé, noble matrona,
para dar un beso ardiente
á la paloma inocente
y purísima Egilona.
No vine de España en pós
para gozar del hechizo

que brindarme podais vos...
yo nunca me postro á un dios
tan frágil y quebradizo.

Egilona. Pues bien; escuchad, Rodrigo.
Oh! escuchadme!...

Rodrigo. Eso quiero.

Egilona.

Partisteis un tiempo amigo
el lecho réal conmigo,
y nuestro amor fué sincero.
Yo os consagraba mi amor
y os miraba, no es error
que vuestros odios me inspiran,
como los ángeles miran
en el cielo á su Señor.
Si algun desden advertía,
no era un atroz desconsuelo,
porque al fin de vos venia...
era un perro que lamia
cariñoso vuestro suelo.
Nosotras somos así;
amamos y aborrecemos
con vehemente frenesí;
pero jamas escondemos
lo que sentimos aqui. (*Señala al corazon.*)
Sin el valor del guerrero
para vengar una accion
sol á sol y con acero,
nuestro valor verdadero
reside en el corazon.

Rodrigo.

Esos raptos de la mente
los conserva la memoria,
y en esta ocasion presente
los comprende claramente...
Podeis seguir vuestra historia.

Egilona.

Mas aquel bien que fascina
trocóse en hiel para el alma,
pues siempre el cielo destina
tras de la rosa, la espina,
la tempestad con la calma.
Rumor siniestro, enemigo,
á correr empezó luego;
mas yo ni un punto lo abrigo;

pues que por vos, don Rodrigo,
 hubiera entrado en el fuego.
 Vuestra continua imprudencia
 confirmaba tristemente
 mi infortunio y mi sentencia,
 y la flor de mi existencia
 marchitaba lentamente.
 Hasta que al fin lo que vió
 vuestra esposa, desterró
 la esperanza; yo os lo digo!
 miradme bien, don Rodrigo!
 Vos sabeis lo que vi yo!
 Olvidáronse mis penas,
 y sin ver que deliraba,
 pensé en atroces escenas,
 que corria por mis venas
 un fuego que devoraba.
 Venganza el pecho decia!
 Venganza fué mi esperanza!
 do quiera venganza oía,
 y hasta el aire repetía
 zumbando airado: «venganza!»
 Aquel amor criminal
 que á mi esposo sueños brinda,
 me inspiró una idea fatal;
 pensé en agudo puñal,
 en Rodrigo y en Florinda.
 Mas viendo que el conde apresta
 en los morunos asilos
 una venganza funesta,
 dije: «mi ocasion es esta,
 herir por los mismos filos.»

Rodrigo.

El desliz de una pasión
 á vuestro desliz bastára?
 Al que baja un escalon
 todos se creen con razon
 para escupirle en la cara.
 Despues...

Egilona.
Rodrigo.

Basta ya, Egilona!
 Viendo altiva una corona,
 aunque de contraria ley,
 dijisteis: «olvido al rey

y al moro doy mi persona ;
y me será un parabien
sus recelos combatir
si advierte pena ó desden,
que la muger finge bien
si se propone fingir.»

Oh! direis en el exceso
de pasion lasciva, loca,
y en estático embeleso,
depositando en su boca
regaladisimo beso :

«Si se tornase aquel dia,
»y á ese rey que me queria
»viera que su accion comete,
»yo misma en el Guadalete
»para siempre le hundiria.»
Piedad!

Egilona.
Rodrigo.

Pardiez! y yo entre tanto
sin ver la lumbre del sol
derramaba horrible llanto,
sin vasallos, sin mi manto,
y sin mi suelo español!
Yo en tanto, sin que tuviera
quien templase mi dolor,
huyendo la carretera
buscaba estraña frontera
cual misero saltador!

(Se oyen voces en la puerta por donde se fué Abdalaziz.)

Egilona. Callad! callad! ese acento...

Rodrigo. Es Abdalaziz que os llama.

Egilona. Dejad que vaya... un momento...

Rodrigo. Comprendo vuestro tormento
con esa amorosa llama:
pero escuchad: ahora yo
voy á contaros mi historia.

(Se sienta con calma. No cesan los golpes.)

Abdalaziz. *(Dentro.)* Egilona!

Egilona. Piedad!

Rodrigo. Oh!

antes Rodrigo escuchó;
refrescadme la memoria.

Abdalaziz. *(Dentro.)* Egilona!!

Egilona. Don Rodrigo,
ved que dispone otra puerta.

Rodrigo. (Con calma.) Cuando aquel hado enemigo
combatir quiso conmigo
en lucha terrible, abierta,
mi siempre fiel Egilona
me dijo: «ya sé mi afrenta,
mas amo vuestra persona,
y aunque perdais la corona,
el deber solo me alienta.»

Abdalaziz. (Dentro.) Egilona! votó á Alá.

Rodrigo. Sin duda ese moro está
en un acceso de amor.

Egilona. Mi pecho de vos será;
os lo juro por mi honor.

Rodrigo. Vuestro honor? já! já! já! — Sueña...
Pues señor, como decia,
la constancia era su enseña,
cuando se encontraba dueña
de seguir la estrella mia.

Abdalaziz. (Dentro.) Egilona!!!

Egilona. Horrible muerte
nos aguarda!

Rodrigo. Y qué me importa?
Juguete ya de la suerte,
ni me aterra su voz fuerte
ni á mi afan los vuelos corta.

Egilona. Dejadme!

Rodrigo. (Levantándose y deteniéndola.) No pasareis!

Abdalaziz. (Dentro.) Estais con un hombre?

Egilona. Oh!

Rodrigo. Ahora os estremeceis!...
Muy bien! muy bien! padeceis
lo que he padecido yo.
De vuestro honor la altivez
buscó distintos estilos
para vengar el doblez?...
Tambien yo digo á mi vez:
«herir por los mismos filós.»

Egilona. (Observando.)

Suenan pasos... sí... ya viene!

Rodrigo. Que venga!

- Egilona.* (*Observando.*) Cesó el ruido...
La llave secreta tiene...
y ese puñal se detiene?
Rodrigo. Matadme, si! yo os lo pido!
Aunque una vez, ciento, mil,
lo pidais con pena doble,
que no haya miedo servil,
porque la sangre del vil
las manos mancha del noble.
- Egilona.* Ahí está!
Rodrigo. Vais á turbaros?
Pero no os turbareis, no!...
- (*La agarra por el brazo, y la arrastra hasta la puerta de la izquierda, por donde sonaron los golpes y la voz del moro.*)
- Egilona.* Al fin conseguís vengaros!
Rodrigo. Quiera el cielo perdonaros
(*Abriendo la puerta y precipitándola dentro.*)
como aquí os perdono yo!

ESCENA VI.

DON BODRIGO. TEUDIA.

- Teudia.* Pesar la disteis profundo;
pero cuál será su suerte?
- Rodrigo.* Mas cerca está de la muerte,
mi buen Teudia, que del mundo.
- Teudia.* Luchar se ve en lontananza,
(*Asomándose por la rendija de la puerta y observando.*)
y juzgo quejar se oía...
- Rodrigo.* Es la voz que en este día
cumpliendo va mi venganza.
- Teudia.* E iremos de gloria en pós
sin al moro castigar?
- Rodrigo.* No saldré de este lugar
sin que luchemos los dos;
mas yo no sé de qué modo
encontraremos remedios...
- Teudia.* Para vengarse halla medios
en cualquiera parte un godo.
Por Veremundo enterado

estoy de todo el recinto,
y un camino bien distinto
tengo al infiel preparado
del que Egilona llevó.

Rodrigo. Y cuál es ese camino?

Teudia. No decirlo es mi destino
por si la mente se erró.
Dejadme una parte á mi
de tan hermosa venganza.

Rodrigo. En tí fundo mi esperanza.

Teudia. Y podeis fundarla...

Rodrigo. Si... *(Se dan las manos.)*

(En este momento se abre violentamente la puerta secreta, y aparece Abdalaziz furioso y con el trage manchado de sangre.—Teudia se retira precipitadamente, y antes de desaparecer, dominado de un pensamiento penetra por la misma puerta, que se cerrará sola y con rapidez.—Un instante de silencio, durante el cual Rodrigo y Abdalaziz se contemplan con fiereza. El primero cubierto con la celada.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO. ABDALAZIZ.

Abdal. Pensásteis, por gozar vuestros amores,
que el acero traidor me mataría,
lejano de mis fieles servidores,
como muere una fiera á sangre fria?
Pensásteis que al gozar en mis dolores
brillante porvenir se os prevenía?
Sueño fué de la mente acalorada!
Descubierta está ya vuestra emboscada!
La máscara de hierro que os encubre
descorred á mi vista, que el guerrero,
el rostro no empañado nunca cubre
un corazon teniendo un acero;
esa vil turbacion bien me descubre
que sois solo un raptor, aventurero,
y á gente del honor y fé enemiga
con la mano Abdalaziz la castiga!

(Le sacude en el rostro.)

Rodr. Voto á Dios! Ya firmásteis vuestra muerte,
 enemigo cruel de la honra mia!
 no os ha augurado el corazon, por suerte,
 el nombre del que osado os desafia?
 No conocisteis su armadura fuerte,
 y su rostro que fuego despedia?...
 Pues venid, que mi nombre ya os le digo...
 Abdalaziz, me llamo... don Rodrigo!

(Se alza la celada.)

Abdal. Vos sois el que sin freno en las pasiones
 deshonorásteis; adúltero! matronas,
 siendo siempre el horror de las naciones
 y la mengua y baldon de las coronas?
 Vos el autor de impúdicas traiciones,
 asesino cruel de mil personas,
 que cual fin de desastres tan prolijos
 no supisteis salvar á vuestros hijos?...

Rodr. Y vos el que insultando al desgraciado,
 desplegando la risa con el hecho,
 presentarme quisisteis mas vejado
 ante mi noble ejército deshecho?
 Vos con viles caricias profanado
 habeis, infame musulman, mi lecho?
 Vos sois el que acusais á don Rodrigo?
 Vos, de la afrenta y la ambicion amigo?

Abdal. Vinisteis á buscar á vuestra esposa
 que con odio mortal siempre os miraba?
 La encontrásteis acaso cariñosa
 porque agudo puñal la amenazaba?
 Oscurecióse la ventura hermosa
 que la mente florida os presentaba,
 pues al pisar mi Estado, el hado fuerte
 os prepara el baldon, al fin la muerte.

Rodr. Escúchame, Abdalaziz, un momento:
 es muy justo morir; justa es la muerte;
 pero tambien lo es, que oigas mi acento
 y todo el fatalismo de mi suerte;
 comprenderás mi afan y mi tormento,
 mas no por conseguir estremecerte...
 mi contrario eres tú, y aunque viviera
 de tu sangre en beber me complaciera!
 Perdido ya mi cetro y mi corona,

cansado de luchar en aquel rio,
 y observando que el cielo me abandona,
 lejos quise vivir del suelo mio;
 una senda tomé do no hay persona
 que se oponga á mi cólera y mi brio,
 y apenas la cruzaba diligente,
 de Dios la saña amenazó mi frente.
 Horrible tempestad bramó furiosa!
 no alumbra el sacudido firmamento
 sino la luz fulgúrea, caprichosa,
 que hace el ronco fragor brille un momento;
 de las aves la cántiga armoniosa
 no revela de amor dulce concepto,
 y troncha el aquilon, que rudo muje,
 cuanto se opone á su violento empuje.
 En medio del horror y la pavora,
 y sin poder lanzar hondo lamento,
 henchido el pecho de mortal tristura,
 los árboles caer de ciento en ciento
 vi de próxima selva en la espesura,
 y con horrible, atroz sacudimiento,
 que en mis potencias infundió el desmayo,
 la tierra alumbra fulgurante rayo.
 Quise alzarme indignado; y, maldiciente
 en el cielo clavando la mirada,
 osado contemplaba frente á frente
 al ser que mi delito castigaba,
 y aumentando, sacrilego, el vehemente
 y terrible volcan que me abrasaba,
 dije con voz que retumbó en el suelo:
 «desafio la cólera del cielo!»
 Aumentóse la lucha bramadora;
 volvió iracundo á reventar el trueno
 y á cruzar la centella silbadora
 lanzada de la nube por el seno;
 mas de pronto una sombra aterradora
 así me dijo con acento lleno,
 despues de descender sobre una cumbre
 lanzando rayos de argentada lumbre:
 «La lucha es impotente! Tu ignorancia
 mi poder soberano ultrajar piensa?
 Quieres llegar hasta mi regia estancia

y gobernar en mi legion estensa?...
 Nunca, nunca, Rodrigo! Una distancia
 á los dos nos separa, grande inmensa;
 yo he podido elevarte sobre miles,
 y arrojarte despues entre reptiles.
 A un trono te elevé! Mas tú, inhumano,
 con tus glorias presentes no contento,
 las espaldas volviste al soberano
 que te dió tan magnífico elemento;
 tú dijistes, impuro: «de un tirano
 oír no quiero el caprichoso acento...
 arrostremos su cólera y su encono...
 guerra á su magestad! guerra á su trono!
 Lancémonos en pós de otros placeres
 que apaguen esta sed que me consume;
 gocemos el amor de otras mugeres
 á quien amar mi corazon presume:
 no hay para mí mandatos ni deberes...
 yo quiero un gozo que mi vida abrume,
 y aéreo levantar en el espacio
 un lascivo y terrífico palacio!»
 Y al remontar el atrevido vuelo
 en alas de tu loca fantasía,
 te desplomastes hasta el duro suelo
 cuando la luz del sol mas relucia:
 por recompensa hallastes de tu anhelo
 carcel eterna donde nunca hay dia,
 y cual gran recompensa á tu delito
 ser de tu pueblo y de tu Dios maldito.
 Con todo, escucha: si el perdon imploras
 vestido con el sayo penitente,
 y noche y dia sin cesar deploras
 la ennegrecida mancha de tu frente,
 verás amanecer tranquilas horas
 y lucharás con tu contraria gente!...»
 Despues yo desperté como de un sueño
 y de una ermita me encontraba dueño.
 Mas vino Teudia, y con su voz robusta
 el letargo estinguíó que me oprimía
 diciéndome: «Señor, la suerte adusta
 aun puede convertirse en claro dia!»
 Mi diadema brilló, solemne, augusta!...

del traidor don Julian la voz oía,
 y al saber la perfidia de Egilona,
 «venganza!» — dije — que el honor me abona.
 Y á buscaros parti, feroz, sediento
 de vuestra sangre, que mi mal confiesa,
 para gozarme como perro hambriento
 que al fin devora la anhelada presa.
 Este es mi afan, mi solo pensamiento;
 bien sé que he de morir en esta empresa;
 mas qué me importa? cumpló mi esperanza,
 y muero con honor y con venganza!

Abdal. Pues lánzate, monarca maldecido,
 sobre mi cuerpo con tu aguda espada,
 dando necios temores al olvido,
 y su punta sepúltame acerada.
 Yo te lo digo! sí, yo, que he vivido
 en lazos amorosos con tu amada;
 yo, que he gozado bajo el mismo techo
 los secretos divinos de tu lecho.

Rodr. Basta ya de razones; mi deseo
 con el mismo puñal será cumplido;
 solo mi afrenta ignominiosa veo,
 y la venganza solo me ha traído!
 Vais á morir al punto!

(Se lanza á él.)

Abdal. Yo no creo
 que tan facil os sea.

Rodr. Me has herido
 en la honra; Abdalaziz; es tu suerte!

Abdal. Antes á ti se avanzará la muerte!

(Abdalaziz ha ido retrocediendo hasta la puerta secreta, y al decir este último verso se hundirá por ella con suma precipitación. — Rodrigo se lanza á ella desesperado con el puñal en la mano.)

ESCENA VIII.

DÓN RODRIGO.

Aun mas desgracia se vió
 que la que mi suerte encierra!
 Por qué no se abrió la tierra,

ó un rayo me dividió?
 Pierdo por unos amores
 reino, timbres y corona,
 y aun infortunios mayores
 el infierno en sus rigores
 me prepara en Egilona.
 No queda salvo un ginete
 en los campos de Jerez,
 y busco fin de una vez
 en el hondo Guadalete;
 y la suerte no permite
 que halle en sus aguas la muerte?...
 En la ermita se repite
 de nuevo la buena suerte,
 no faltando quien me escite
 á buscar lo que olvidé,
 y al tocar ya la venganza,
 que por segura juzgué,
 tan halagüeña esperanza
 tras ese moro se fué?
 De qué puedo hacer alarde?
 Morir!... Idea horrorosa!
 y con muerte ignominiosa!
 con la muerte de un cobarde!
 En hora triste nací!...
 Si á este mundo desdichado
 para sufrir fui lanzado,
 por qué me achacan á mi
 lo que el cielo ha decretado?

ESCENA IX.

DON RODRIGO. ALIATAR.

Aliatar. Don Rodrigo!
Rodrigo. Verémundo!
Aliatar. Matásteis al moro ya?
Rodrigo. Ese es mi dolor profundo!
 Desapareció!
Aliatar. Bien está!
 Por esa puerta sin duda
 se ahuyentó?...

Rodrigo.

Aliatar.

Quién lo creyera!
Pues mal porvenir le espera,
que ya el trono no le escuda.
Guardad bien esa salida,
y no temais mi tardanza.

Rodrigo.

Aliatar.

Adónde vas?

No se olvida
del pecho la atroz herida!
A cumplir vuestra venganza!

(Al entrar por la puerta primera, sale por la secreta Teudia con el puñal ensangrentado.)

ESCENA X.

DON RODRIGO. ALIATAR. TEUDIA.

Teudia.

Don Rodrigo, á la campaña
salgamos rápidamente,
pues sin deshonra en la frente
podeis luchar en España.
Ese rey moro que á vos
deshonraba en Egilona,
las cuentas de su persona
estará rindiendo á Dios.
Y es preciso, yo os lo digo
por vuestro bien, cual costumbre,
que el nueyo sol nos alumbre
en un suelo mas amigo.

Rodrigo.

Teudia.

De su amante
sufrió la contraria suerte.

Rodrigo.

Teudia.

El moro la dió la muerte?
Aun lo ignoro en este instante;
pero de sangre un mar hecho,
imagen de la inconstancia,
en esa próxima estancia
se encuentra el infando lecho;
y á sus pies una persona
con el seno atravesado
tan solamente he encontrado.

Aliatar.

Teudia.

Y quién es, Teudia?

Egilona!

*Aliatar.**Teudia.*

Y el moro, cómo murió?

Le aguardé tras esa puerta,

y apenas la atravesó,

una puñalada cierta

en el pecho recibió.

Partamos!

*Rodrigo.**Aliatar.**Teudia.**Rodrigo.*

Seguiros quiero.

Vendrás sirviendo de guía,

Y cuando despunte el día

te vestirás de guerrero.

Oh! ya puedo al enemigo

presentarme sin desmayo,

y decirle á don Pelayo:

«aquí teneis á Rodrigo;

si un loco y maldito amor

me quitó honor y corona,

la venganza de Egilona

ya me ha devuelto el honor.»

Teudia.

Y para haceros mas suerte

entre el valiente asturiano,

yo estenderé que mi mano

le dió á Abdalaziz la muerte;

y aunque siempre vaya en pos

de mi nombre atroz sentencia,

yo diré: « Juicios de Dios!... »

descansando en mi conciencia.

Pues la verdadera palma

no se encuentra en el ruido

del vil aplauso mentido,

sino... en el fondo del alma.



Esta produccion ha sido aprobada para su
representacion por la Junta de censura
de los teatros del Reino.

Esta producción ha sido aprobada para su
representación por la Junta de censura
de los teatros del Reino.



